

## Presentación del libro *Reflexiones sobre lo existencial cotidiano*<sup>1</sup>, de Noel Allende-Goitía

[Rafael Aragunde, 21 de octubre de 2010]

Estamos ante un libro complejo, resultado de unas reflexiones serias y ambiciosas. El escrito se titula precisamente *Reflexiones sobre lo existencial cotidiano*, lo que podría prestarse a malentendidos entre lectores que a partir del título concluyeran que van a salir de paseo, por decirlo así, a deshojar margaritas. Pero no ocurre así. El texto no se deja leer como un paseo se deja caminar. Allí lo cotidiano existencial no es lo que se hace todos los días.

Está escrito en aforismos y cada aforismo exige trabajo porque su autor no escribe por escribir, sino porque está muy interesado en reflexionar sobre algunos asuntos que no se dejan pensar fácilmente. El que se haya valido de aforismos es muy revelador porque el aforismo no es sin más una forma de escribir, como no lo es el ensayo, como no lo es el tratado. Montaigne escribía ensayos porque ensayaba, porque quería ver qué era lo que realmente pensaba sobre una serie de asuntos. Y ya sabemos que los tratados, como los escribía Hostos por ejemplo, son una exposición fundamentalmente académica que pretende exhaustividad.

Uno de los más importantes escritores de aforismos de los últimos siglos, Friedrich Nietzsche, sabía que el aforismo era una especie de flecha, liviana, ágil, pero impertinente y con pretensiones de contundencia, que a final de cuentas, se puede arrancar tan pronto entra en contacto con la superficie del objeto a la que se dirige. ¿Por qué? Porque si permanece incrustada en el objeto, se acomoda, cede, acaba entrampada por una visión particular y el conocimiento no debe funcionar de esa manera. Este no se puede deber a nada, tiene que ser libre. El aforismo es una estrategia discursiva que le permite al autor acercarse al tema, hincarlo, pero abandonarlo pronto. No quiere ser presa de un pensamiento que se ponga vago. Cuando el autor escribe que desea “usar la escritura como un experimento reflexivo” (18), ¿no está acaso exigiéndole rigor al vínculo poco cuestionado entre pensamiento y expresión? Cuando se vale del aforismo como recurso, ¿acaso no evidencia que anda atento a la libertad que se podría perder si se establece una relación de acomodo, como ocurre en estrategias literarias en las que la fidelidad a lo dicho en los comienzos prevalece sobre la posibilidad de nuevos e inesperados descubrimientos? Por esta razón, algunas líneas más abajo añade que se trata de una relación “cuántica, no lineal”, supongo que dirigida a asegurar tanto la libertad como la posibilidad de saltos cualitativos. Al final, alega, debe producirse “una formación altamente dinámica, adaptativa y compleja, como lo es el discurso” (19).

¿Pero se tratará de “un exhibicionismo lúdico”, según la plantea el mismo autor casi al final? Puede haber habido juego, pero un juego muy serio, me atrevería a decir.

Según el autor, “la reflexión que hacemos los seres humanos sobre nuestra vida siempre colapsa a una discusión sobre lo que es el ser” (9). Como señala, “toda preocupación empieza y termina con el ser (10)”. Los pensadores que trae a colación para evidenciarlo, Unamuno, Sartre,

---

<sup>1</sup> Allende-Goitía, Noel, *Reflexiones sobre lo existencia-cotidiano*, San Juan: Ediciones Clara Luz, 2010

Heidegger, Bahbah, Said, Gupta, Ferguson, Spivak y Benedict Anderson (que no Benedict Arnold) lo evidencian, si bien de forma distinta. Porque si los primeros tres, Unamuno, Sartre y Heidegger, atendieron el asunto desde posturas ontológicas o metafísicas, los que le siguieron, dice el autor, ya atienden el asunto desde la identidad. A fin de cuentas, sin embargo, filosofan sobre uno de los temas que más le ha dado que hacer a la historia del pensamiento filosófico, la ontología.

Y filosofar sobre el ser es lo que le interesa a Noel, sin temores de ningún tipo. Como “el acto de filosofar es un acto de reflexión sistematizada” (44), está a su alcance, se asegura de indicarnos antes de terminar el escrito. Pero este convencimiento se hará acompañar de una nota irónica que permite contrarrestar cualquier reacción indignada. Filósofo, sí, me desenmascaro, me extraigo de mi “hábitat natural”, pero lo hago “como emperador con ropas nuevas”. Me muestro, me atrevo a mostrarme, pero me expongo a que se me atribuya “la infinita ignorancia del que nunca a (sic) contemplado su propia espalda” (44).

No anda, sin embargo, el autor tan desnudo porque muestra en sólo 44 páginas una extraordinaria familiaridad con el pensamiento filosófico de la tradición occidental, una tradición que desde luego recién se abre para incorporar aportaciones de otras culturas y de las que el autor muy justamente se ha percatado.

Si hace planteamientos ontológicos, sugiriendo que las primeras preocupaciones de aquellos griegos eran ya las reflexiones en las que los seres humanos caemos cuando nos ponemos a pensar, una gran parte del texto se dedicará a la dimensión filosófica que de acuerdo a tantos historiadores la substituyó como preocupación fundamental de los filósofos a partir del Renacimiento, la epistemología. El dilatado diálogo que sostiene con el francés Maurice Merleau-Ponty atraviesa todo el texto. Desde el comienzo del libro comparte con el fenomenólogo el asunto “de la dualidad creada por la aparente dicotomía entre el mundo – el universo de cosas y sus procesos – y la existencia de un cuerpo pensante, perceptivo y práctico” (2). A mitad le observamos valerse de Merleau-Ponty para adelantar su convencimiento, y leitmotif del libro, de que no hay tal distancia entre la conciencia y el cuerpo. El desdoblamiento que experimentamos no es un argumento a favor de la tesis dualista de Descartes. Es que es así que funcionamos (21 y 22). Hacia el final, vuelve a Merleau-Ponty para criticar tanto al empirismo (38) como a lo que llama el intelectualismo (39), por su ingenuidad epistemológica y para reclamar que no se puede excluir al ser. Aunque no se trata de un acercamiento que haya ido “in crescendo”, lo que por otro lado no es necesario, Noel se ha asegurado de que quede clara su postura, que coincide con la que ha asumido en el ámbito de la música y que llama, creo que con demasiada pasión, materialista (13, 14), la cual define como “una que ha dejado de prescindir de la seguridad de certezas metafísicas e ideadas”. Digo con demasiada pasión porque él mismo reconoce cómo “el lenguaje, el giro lingüístico, las diferencias de las letras” es “lo que se alza como paradigma explicativo del pensar y el pensamiento” (20) y siendo un lector tan aventajado de Lacan y de Nietzsche debería no perder de vista que el dualismo, como el materialismo, son sobre todo síntomas y no realidades en torno a las cuales no tenemos por qué decidir.

La resistencia a desasociar el sujeto cognoscente de lo que se conoce, al sujeto del objeto, a la cosa de la idea, es lo que llevará a Noel a confrontar a Nietzsche, un pensador a quien por otro lado describirá como superior a Marx (30) en lo que respecta a este asunto. “Nietzsche confronta”, nos dice, “el paradigma judeo-cristiano, pero ... lo enfrenta con una construcción de la apolíneo/dionisiaco – greco/romano – que precisamente, nace de una visión judeo-cristiana del bien y del mal como posiciones binarias absolutas” (7). Pese a su radicalismo, “el gran paradigma judeo-cristiano-greco-romano permanece intacto” en los escritos de Nietzsche.

Según el autor, “Karl Marx critica la religión como superestructura ideológica, muy acertadamente, pero su eliminación se propone, más, como una domesticación de la sociedad existente y no como un trascender de dicho paradigma” (30). Mientras que “la crítica nietzscheana al cristianismo, como estructura metaideológica, enfrenta, mucho más profundamente que Marx, la totalidad del paradigma y el universo cultural contenido dentro del mismo, incluyendo la crítica nietzscheana. El nihilismo nietzscheano es el límite de la autorreflexión como crítica de la crítica, como éste lo propone” (30).

Pero el autor nos señala, sorpresivamente, que la “posición extrema de Nietzsche, realmente, es utópica”. ¿Qué desea indicarnos con esto? ¿Que nos tendremos que conformar con la domesticación de la sociedad que le atribuye a Marx como límite de la crítica? ¿Que tras “el nihilismo nietzscheano” no hay nada y que estamos condenados a un paradigma que no se sostiene? En contra de Nietzsche, pero a favor de Noel, habría que citar al mismo Nietzsche cuando afirma que el ser humano prefiere creer en algo sin sentido a no creer en nada. Porque en realidad Nietzsche no propone el nihilismo; el nihilismo es tan sólo un diagnóstico de un cambio histórico. Es la consecuencia del agotamiento histórico del cristianismo y en específico de su moral. Es el resultado también del desarrollo de las ciencias occidentales.

Podría ser que Nietzsche le temiera a la ausencia total de valores. ¿Y será esto lo que teme también el autor? Porque, ¿cómo defender tal posición? ¿Pero esta erradicación de los valores no era la consecuencia coherente de la deliberación nietzscheana, consecuencia temida, entre otros y famosamente por Voltaire y Dostoievski? ¿Será por esto que en su *Así habló Zaratustra* se hace, él mismo, objeto de su propia burla, mientras reconoce que toda su teorización en torno al sentido de la tierra está dirigida a darle unas nuevas tablas a la humanidad? No puede ser casualidad que allí el último Papa le indique que percibe “un secreto aroma de incienso y un perfume de prolongadas bendiciones”<sup>2</sup>.

Pero Nietzsche, lo reconoce nuestro autor, no es el último de los pensadores que se “enfrentan con lo angustiante” (30). Evidentemente, utópico o no, el problema continúa irresoluto. Ludwig Wittgenstein lo retoma en las sentencias o aforismos de su *Tractatus Logico Philosophicus*(31). Pero en éste la angustia es comunicativa, como Noel nos señala también que lo es en Lacan (32). ¿Cómo trascender entonces? ¿Cómo dar con “Lo Real” con letras mayúsculas (36) cuando el

---

<sup>2</sup> Nietzsche, F., *Así habló Zaratustra*, 2da. ed., Madrid: Alianza, 1973, p. 351.

giro lingüístico que caracteriza al pensamiento durante el siglo veinte nos lleva a diagnosticar la angustia como fenómeno global (32)?

Ante tal encrucijada Noel vuelve a dialogar con Merleau-Ponty porque éste le provee la cercanía, cuando no la ipseidad, que anda buscando entre el mundo de los fenómenos y una conciencia, la suya, a la que no le puede permitir que reclame una visión privilegiada. Nuestros cuerpos conocen constantemente, pero no conocen como nos hemos acostumbrado a pensar en Occidente que conocen. Conocemos a la vez individual y colectivamente (37), no como propusieron los racionalistas y los empiristas (38). Pero como el mundo nunca está terminado, contribuimos a constituirlo como objeto conocido en la medida en que “somos estando en el mundo”, según lo planteó Martín Heidegger, pero también porque el mundo “se actúa y actualiza en nuestro cuerpo” (38).

El autor no reclama patente por sus ideas. Por el contrario, se percibe un interés porque se reconozca la “coexistencia de las diversas perspectivas desde las cuales se construyen saberes sobre el mundo” (16). La referencia que hace a Krishnamurti en lo que llama el antefacio (sic) del libro es un reconocimiento de la importancia de una veta del pensamiento oriental, con la cual se podría relacionar a Wittgenstein y a Heidegger. Allende habrá de mostrarnos a través del escrito cómo es que ha llegado hasta allí. Pero mientras tanto, tras la cita del pensador hindú, nos anticipa lo que presenciaremos. “La acción y el pensar son inseparables ... La reflexión es acto y el acto es reflexión porque pertenecen al mismo proceso humano de existir la vida en el mundo de las cosas en el cual uno es”(iv), nos dice. Esta, me atrevo a decir, es su conclusión, aunque aparece en las primeras páginas del complejo, pero riquísimo texto.

Concluyo felicitando al autor. El libro evidencia lo que ya se sabía por su buena conversación. Ha leído prolijamente y ha pensado con profundidad lo que ha leído. Además, ha leído de todo. Debo añadir también que son muy escasas las ocasiones en las que nos encontramos con un estudioso boricua que le hincue el diente directamente, de frente, a asuntos como los que él atiende aquí. Y esto debe reconocerse. Sospecho que veremos más escritos suyos de este corte, aforísticos y filosóficos, porque le quedan por atender, por ejemplo, las exigencias éticas de sus conclusiones.